

¿Y DE LA LUCHA DE CLASES, QUÉ?

DR.C. CHÁVEZ ANTÚNEZ, ARMANDO
DRA. HUMPIERRE ALVAREZ, C. MERCEDES

1. El capitalismo, por su propia lógica interna, es una relación social contradictoria que no se puede concebir sin conflictos, en razón de los diferentes tipos de antagonismos que lo caracterizan, entre los cuales los fundamentales son la contradicción capital—trabajo y la contradicción capital—naturaleza. Sin embargo, entre los científicos sociales contemporáneos, salvo contadas excepciones, se ha impuesto la “moda” de proscribir consciente y deliberadamente del lenguaje académico esa incómoda e impronunciable palabra de cinco letras, clase, por considerarla un tanto anticuada y por presentar un inconfundible sabor marxista.
2. El reconocimiento de la lucha de clases por parte del marxismo no es, ni mucho menos, una invitación a despertar los instintos supuestamente violentos del ser humano, sino la constatación de la lógica interna bajo la cual se ha desarrollado la sociedad capitalista a lo largo de su existencia. Eso, desde luego, no significa, ni mucho menos, que las contradicciones de la sociedad capitalista sólo se reduzcan a las contradicciones de clase, pues evidentemente existe otra serie de diferenciaciones sociales de tipo cultural, sexual, étnico o generacional, que no se puede entender en el marco exclusivo de las clases sociales. Pero, eso no impide, como bien lo decía la figura central de la “Escuela de Frankfurt, Max Horkheimer, que la distinción de las clases sociales no se muestre “superior a los otros puntos de vista, pues se puede demostrar que la supresión de las clases trae consigo siempre el cambio de las demás contradicciones, pero no lo contrario: la supresión de las contradicciones no comporta la disolución de las clases” (1).
3. Obviamente, para que exista lucha de clases se requiere como condiciones previas, primero que en el plano objetivo existan las clases —es decir, grupos sociales con intereses contrapuestos o antagónicos tanto en la producción como en la dimensión política— y, segundo, que la existencia de ese antagonismo genere diversas formas de conciencia. Justamente, esos dos componentes pero principalmente el segundo, son vitales en la concepción de Marx sobre la dinámica social.
4. Teniendo en cuenta estos elementos, podemos señalar que, en el momento actual, asistimos a una fase completamente novedosa en la historia, tanto del capitalismo en general como de la lucha de clases en particular. Entre otras cosas, en el plano de la lucha ideológica —que es un componente esencial de las clases y de su lucha— hoy por hoy se proclama a los cuatro vientos que una de las características del fin de la historia es el fin de las clases sociales. Y esa supuesta extinción teórica ha sido tomada como artículo de fe, por parte de los principales voceros del pensamiento posmoderno y del neoliberalismo, para proclamar en coro que uno de los pilares sobre los que se sostenía el edificio teórico y político de la doctrina de Marx habría desaparecido como por encanto. Esta celebración triunfal se acompaña con la presunción de que con la desaparición de la Unión Soviética se resolvió de una vez por todas —en contra de Marx— la cuestión de la lucha de clases, pues

se suponía que la URSS representaba en el plano mundial a la clase obrera o por lo menos, a los intereses de los trabajadores.

5. Naturalmente, en las actuales circunstancias de profundos cambios mundiales se han afectado los roles y la misma estructura de clases del capitalismo contemporáneo, tanto por el lado de las clases dominantes como de las clases explotadas (2). Esa transformación ha sido motivada por diversos factores: las modificaciones productivas, técnicas y culturales del capitalismo; la desaparición del campo socialista; el retroceso de los procesos revolucionarios en todo el planeta y una correlación de fuerzas adversa para las clases o fracciones de clase interesadas en destruir el capitalismo.

6. En la actualidad, en casi todos los rincones del mundo, las fuerzas revolucionarias han retrocedido, bien porque han sido derrotadas a sangre y fuego, o bien porque han sido cooptadas por el neoliberalismo. Ante esa situación, podrían ser pertinentes las siguientes interrogantes: ¿Esta terrible realidad significa verdaderamente el fin de las clases sociales y, en consecuencia, el fin de la lucha de clases? ¿Hemos llegado después de todo a ese tan anunciado capitalismo “civilizado” y de “rostro humano” que aseguraría el bienestar y la libertad de la población de todo el mundo al combinar la “economía de mercado y la democracia parlamentaria”? ¿En lo sucesivo, las diferencias sociales ya no se explican ni se resuelven en términos de intereses antagónicos y de conflictos, sino en términos de acuerdos, consensos, pactos y alianzas?

7. Si recordamos algunos elementos de la lucha de clases en el siglo XX, no es difícil confirmar la certeza del análisis marxista, pues en forma directa o indirecta, los principales procesos que transformaron al mundo, para bien o para mal, estuvieron relacionados con diferentes expresiones de la lucha de clases, tanto en el interior de los países como en el plano internacional. Un aspecto básico que marca la vigésima centuria estuvo relacionado con la forma como la burguesía internacional, tras las luchas obreras y populares de fines del siglo XIX y tras la Revolución de Octubre, instauró el Estado de Bienestar General, para romper, bloquear y encauzar la lucha internacional de los trabajadores que se había librado sin cortapisas de fronteras nacionales desde mediados del siglo anterior.

8. Al limitar las luchas al plano estrictamente nacional, en el occidente desarrollado por lo menos, la burguesía aceptó temporalmente una alianza tácita entre capital y trabajo. Con cierto éxito, la burguesía logró controlar las luchas reivindicativas del conjunto de las clases trabajadoras. De esta forma, las sujetó a los marcos estrictamente nacionales, en los que operaba la regulación del Estado, el control del mercado interior y una legislación acorde con esos parámetros, tales como legislación laboral, código de trabajo, reconocimientos y derechos. Pues bien, así se restringió la lucha social de las organizaciones obreras y populares a las fronteras nacionales, lo que no solamente generó desiguales resultados en los logros sociales, económicos y políticos —tal como se puede constatar mirando el nivel de vida que llegó a tener la clase obrera del mundo desarrollado, comparada con la de los países pobres— sino que contribuyó a desunir a los trabajadores a escala mundial.

9. Pero resulta que hoy la burguesía internacional está abandonando su esquema de Estado de Bienestar General, con todo lo que eso implica de nefasto para las conquistas materiales

y económicas de los trabajadores, para dar paso a un capitalismo mundial que impone condiciones similares de explotación en todos los lugares del planeta, casi sin tener en cuenta las diferenciaciones nacionales y culturales. Esto indica que estamos asistiendo al cierre de un ciclo de la lucha de clases y a la emergencia de uno nuevo, en el que cambian radicalmente las condiciones, lo que desde luego no implica ni el fin de las clases ni de sus luchas.

10. Ante las nuevas condiciones impuestas por la mundialización del capital, las formas tradicionales de lucha de las clases trabajadoras —como los sindicatos y los partidos nacionales— han entrado en un proceso de deterioro y de descomposición, puesto que las nuevas condiciones que genera la globalización suponen también plantear nuevas formas de lucha, en las que participen tanto los actores clásicos como los nuevos actores que se han ido configurando en las últimas décadas, es decir, los trabajadores directamente vinculados a la producción y los que se desempeñan en la circulación y el consumo.

11. Por el momento, la que conduce la lucha de clases en una forma absolutamente consciente —como auténtica clase para sí, según los célebres términos de Marx— es la burguesía internacional, puesto que arremete en forma premeditada y planificada contra los trabajadores del mundo entero, eliminando las conquistas de un siglo y medio, tales como la jornada laboral limitada, el derecho al trabajo, reimplantando el trabajo infantil y hasta formas de esclavitud, eliminando todos los mecanismos estatales que bloqueaban la libre movilidad del capital, mercantilizando todos los aspectos de la vida social, cultural y hasta la propia naturaleza.

12. En esas condiciones, aunque es evidente que las clases trabajadoras se encuentran desorientadas —desorientación que indudablemente fue agravada por la desaparición del sistema socialista— y sin brújula para enfrentar los nuevos escenarios del capitalismo mundial, lo que se bosqueja a mediano y largo plazo es una reorientación de las luchas de clases de los trabajadores que, en primer lugar, hoy deben seguir defendiendo sus conquistas porque en ello se juegan su propia sobrevivencia y, al mismo tiempo, deben pensar en nuevos mecanismos que posibiliten la extensión de sus luchas en el plano internacional para enfrentar al capitalismo. Es decir, se debe luchar tanto a escala local como a escala global, esto es pensar y actuar local y mundialmente a la vez.

13. La mundialización del capital genera agudos problemas que involucran poblaciones enteras, como sucede, por ejemplo, con la desaparición forzosa del campesinado y la aterradora y descontrolada urbanización de todo el mundo; las frustraciones que originan la contradicción entre las bellezas que anuncian los medios electrónicos de comunicación y la imposibilidad real de disfrutarlas; la descomposición social y moral de importantes sectores de la población juvenil e infantil de los distintos componentes, etc. Todo eso pone de manifiesto la magnitud de la andanada neoliberal del capitalismo mundial que se puede considerar como una acción consciente de los ricos y poderosos contra los pobres y desvalidos del planeta.

14. Podemos decir, entonces, que en estos momentos la crisis y recomposición de la clase obrera y el campesinado se manifiestan en la hegemonía abierta del capital mundial, que desarrolla una forma particular de lucha de clases, cuyo objetivo fundamental es arrasar

con las conquistas democráticas de los trabajadores del mundo entero. La única respuesta que hasta ahora se ha vislumbrado contra esa arremetida mundial de la burguesía ha sido la generación de conflictos localizados y aislados o la descomposición y la delincuencia, que es la otra cara de ese mismo proceso. Ante esa perspectiva, no tiene ningún fundamento decir que las clases y sus luchas han desaparecido de la faz del mundo —puesto que son claras las diferencias abrumadoras entre los pocos que todo lo tienen y las vastas mayorías que no tienen nada— sino que en estos, simplemente la lucha casi va en una única dirección: del capitalismo mundial contra los pobres y desvalidos, que hoy ven amenazada hasta su propia sobrevivencia, pues contingentes significativos de población —como sucede en Africa— son considerados como población innecesaria o desechable.

15. Aunque todavía son débiles los fermentos de una nueva conciencia de clase —que tendrá que ser mundial y local al mismo tiempo—, teniendo en cuenta la historia del capitalismo y el grado de radicalización de las contradicciones sociales, de la injusticia y de la desigualdad planetaria, es de esperar que se vayan gestando los embriones de una nueva subjetividad social entre las víctimas de la globalización neoliberal. Y eso es fundamental si se quiere que la especie humana sobreviva como algo más que una mesnada de parias y de esclavos, simple apéndice de la tecnología y consumidora irracional de mercancías.

16. El capitalismo sigue existiendo, no ha cambiado de naturaleza, aunque sí ha debido quitarse la piel varias veces, para reaparecer con otra nueva. Y el enemigo del capital está ahí, como un gigante dormido. Algún día tendrá que despertar, aunque el despertador presente dificultades por ahora. En última instancia, el terremoto que ocasiona el paso devastador del capitalismo lo despertará de su sueño, o morirá juntamente con su enemigo, bajo los escombros de la comunidad humana planetaria. Como decía Rosa Luxemburgo, la disyuntiva se encuentra entre el socialismo o la barbarie. No hay tercera vía.

RELACIÓN DE CITAS:

Horkheimer, Max: Ocaso, Ediciones Anthropus, Barcelona, 1986, página 154.

Un análisis sistemático de la estructura de clases del capitalismo contemporáneo ha sido realizado por el escritor marxista norteamericano Eric Olin Wright en una serie de exhaustivas investigaciones sobre el tema que han sido sistematizadas en su libro Clases, siglo XXI, Editores Madrid, 1994.